

pasiones sensuales, es causa de la ruina moral del hombre. Por el contrario, de la sobriedad puede afirmarse lo que canta la Iglesia en alabanza del ayuno: *Vitia comprimit, mentem elevat, virtutem largitur et praemia*: refrena los vicios, ennoblece la mente, alcanza las virtudes y la gloria.

R. M. CARRASQUILLA

---

## CRONICA DEL COLEGIO

Con el corazón henchido de las emociones de la mañana, con la pluma temblorosa por el regocijo y el entusiasmo, aprovechando el asueto de dos días que nos deja tregua á los estudios, estampamos rápidamente las impresiones que se nos desbordan del pecho.

En los tres días anteriores, asistimos al retiro espiritual que prescriben nuestras venerandas Constituciones. A medio día predicó el R. P. Tomás Prádanos, de la Compañía de Jesús. Nuestro Rector nos ha enseñado á amar y estimar esa milicia de Cristo, “la vanguardia del ejército de la Iglesia,” como dice él, la sociedad gloriosa que ha producido á Suárez, el eximio, á Alfonso Rodríguez, el maestro de la santidad, á Bourdaloue, el príncipe de los predicadores cristianos.

Entra el Padre á la capilla, sube al púlpito, el antiguo púlpito de la Catedral trasladado al Colegio, donde predicaron el Canónigo Guerra, compatriota del orador actual, Manuel Fernández Saavedra, colegial y Vicerrector del Rosario, Manuel José Mosquera, el más insigne de nuestros Arzobispos, hijo adoptivo de nuestro Claustro; José Telésforo Paúl, de imperecedera memoria, educado aquí, en estas aulas.

Al ver al P. Prádanos en el púlpito, lo primero que nos llama la atención es el contraste entre la cabeza, blanca como un nevado de nuestra cordillera central, y la frescura

juvenil del rostro, y la transparencia virginal de la mirada, al través de los anteojos. Y sin ser avezados á conocer las gentes, adivinamos en el andar, en el porte, en la genuflexión ante el altar, en el modo de santiguarse, arreglar el cuello de la sobreveste, cubrirse con el bonete, al caballero, al hidalgo español, que al abrazar la vida religiosa no fue á ganar nada, en el orden terreno, sino que vino á perderlo todo, por amor de Dios y de las almas.

Empezó el Padre. Con la buena voluntad de hacer bien el retiro, nos reconcentramos para oír las enseñanzas del predicador; pero á poco nos sorprendimos á nosotros mismos en *frangenti delictu* de amor á la literatura clásica española. ¡Qué riqueza de vocablos, qué sintaxis tan limpia y castiza, qué pronunciación más intachable! Hoy, cuando ya nos dejaron conversar, nos dijo un discípulo, antiguo alumno de San Bartolomé, que el P. Prádanos es castellano viejo. Acabáramos! Los que nacieron en Burgos, en Valladolid, en Toledo, hablan como aprendieron, como les parece, y siempre hablan bien; porque los demás hemos de ajustarnos á ellos, y ellos no tienen obligación de ajustarse con nadie!

Alejámos aquella tentación; dejámos las formas, nos dedicámos al fondo. El P. Prádanos nos predicó sin ambages, como debe ser, las más austeras verdades del Evangelio; con la podadera en la mano, fue cortando, tronchando á izquierda y á derecha, todo lo malo, todo lo vicioso que uno tenía en el alma! ¡Cómo será el Padre cuando se las haya no con malezas, sino con árboles copudos, cuando tenga que manejar no la podadera sino el hacha! A nosotros nos quitó mucho que estorbaba, mucho que nos impedía alzar el vuelo. ¡Dios lo bendiga!

El Sr. Rector nos hizo unas exhortaciones breves por la mañana y por la tarde; el Sr. Vicerrector nos predicó después de comida. A entrambos se les conocía el deseo de cortar por lo sano; pero como ellos no sólo nos aman en montón, sino que nos quieren uno por uno, se sentía que

les temblaba la mano al pasar el cuchillo, y no acababan de abrir la herida, cuando ya le echaban encima aceite y vino.

Y llegó el día de hoy, el domingo, el día de la comunión. Trescientos estudiantes, internos y externos, de todos los Departamentos de la República, hijos de ricos y de pobres, unos en el albor de la adolescencia, en el vigor de la juventud otros; aquéllos en los primeros años de estudio, éstos próximos á terminar la carrera, llenábamos de bote en bote la capilla. En la primera fila, en las sillas talladas del aula máxima estaban los consiliarios y varios de los catedráticos del Colegio. Los primeros, con las cabezas de plata, se sentaron en nuestros bancos hace cuarenta años, cincuenta años, es decir, ayer, *sicut hesternae die*, como dice el Sr. Rector; los segundos, acaban de salir de las aulas graduados de doctores; se les ve que tienen necesidad de un esfuerzo para guardar el decoro de su posición actual.

Se oye un ligero rumor en la puerta. Se vuelven las cabezas. Todo el mundo se levanta. El Sr. Arzobispo atraviesa por el centro de la capilla, con suntuosa morada, roquete con ricos encajes de Bruselas, muceta, el pectoral de amatistas. Sube al presbiterio, ora unos minutos, empieza á revestirse. El Sr. Rector le sirve de acólito, y parece más satisfecho de rendir homenaje al Superior, que fue su maestro, que de sentarse bajo el solio de damasco, presidiendo la comunidad en las grandes ocasiones.

En el altar lucen muchos cirios, alternados con grandes ramilletes de lirios blancos y verbenas rosadas, con enormes matas de margaritas en flor, y aquellos adornos armonizan á maravilla con los rayos de sol que entran por la ventana que da al presbiterio del lado oriental, con el rosado y blanco del tabernáculo. En el centro, la imagen mustia y descolorida de la Bordadita, circundada de rico marco de oro que refulge con el rayo de sol y el reflejo de los cirios, y ese marco brilla como una estrella sobre el azul

de cielo con nubecillas blancas, que forma el fondo del altar. Una luz, viva en el centro, que va desvaneciéndose hasta perderse en el azul del fondo, circunda el cuadro. Es el resplandor que despide la imagen, y que se esfuma poco á poco, no en las tinieblas sino en el azul celeste, símbolo de paz y de inocencia.

En mitad del altar, la venerable figura del Prelado, revestido de espléndida casulla de seda y oro, la cabeza blanqueada más por los cuidados que por los años, y coronadas las canas por el birrete morado, que parece rojo al darle el sol que entra por la ventana oriental.

Al terminar el Evangelio, calla la música sagrada, el Sr. Arzobispo se sienta, vuelta la faz á nosotros. Recordamos lo que hemos oído leer en el refertorio; se nos presenta la imagen de aquellos santos, de aquellos sabios y doctores de los siglos IV y V, que explicaban el evangelio que acababa de leerse.

El Sr. Arzobispo no comenta el evangelio, pero sí la oración, la *colecta*, dijo él, de la misa. "Oh! Dios, que hacéis que las mentes de los fieles se unan en una sola voluntad..." La unión fraternal, la concordia de los corazones, en medio de la legítima diversidad de opiniones, en aquello que Dios no ha revelado. "Concedéndonos amar lo que mandas, desear lo que prometes, para que los corazones estén fijos allí donde los goces no terminan."

El Sr. Arzobispo habla lentamente, con sencillez evangélica, sin falsos adornos retóricos, y por eso mismo, y por la autoridad de su puesto, y por el prestigio de su ejemplo, sus palabras penetran una á una en nuestras mentes, y allí se graban, y dejan una traza imborrable.

Sigue la misa. Al ofertorio rompe en el coro un dúo que nos llega al alma. La letra es de la Biblia, la música de un maestro eminente que alcanzamos á conocer de niños. *Venite filii, audite me, timorem Domini docebo vos.* Es la voz de Cristo que nos invita á escuchar sus palabras, que nos ofrece á nosotros, estudiantes, instruirnos en el amor de Dios, que es principio de la sabiduría.

Después de comulgar, el Sr. Arzobispo, se vuelve á nosotros, con la hostia levantada entre los dedos, y dice: *Ecce agnus Dei*, y el coro vuelve á invitarnos en nombre del Cordero que borra los pecados del mundo: *Venite filii, venid, hijos míos!* Se levanta la comunidad entera; los uniformes azules forman una masa oscura é igual, en medio de la cual lucen, como las margaritas del altar sobre el fondo del follaje, los escudos blancos del Colegio del Rosario.

El escudo, nuestro glorioso escudo, el de los Guzmans, el del héroe de Tarifa que consintió en el sacrificio de su propio hijo, antes que entregar la ciudad á la morisma; el que dio Santo Domingo á los caballeros de Calatrava, luchadores heroicos durante siete siglos en defensa de la Religión y la Patria; el escudo que simboliza la vivifica filosofía tomista cuya mente hemos jurado seguir al recibirnos colegiales, hijos mayores del Claustro; el escudo del egregio Domingo de Soto, maestro de nuestro Fundador. Ese escudo lo llevó sobre el pecho José Celestino Mutis, y después sus discípulos, muertos casi todos fusilados por la causa de la Independencia: Joaquín Cayzedo, Antonio Villavicencio, Joaquín Camacho, Caldas, el sabio, Torres, el tribuno, los mártires todos de Cartagena. Y con los mártires, los héroes: D'Elhuyart, Girardot, Acebedo, Cabal, Maza; los jurisconsultos: Tobar, Tenorio, Núñez Conto; los repúblicos: Joaquín Mosquera, Rufino Cuervo; los Obispos: Cayzedo, Mosquera, Lasso de la Vega, Estévez, Sotomayor....

La masa de azul oscuro con puntos blancos se mueve hacia el altar. Todos suben con las manos puestas, el semblante grave y recogido; se postran, reciben en los labios, pálidos de emoción, el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo, y tornan silenciosos á adorar dentro del pecho al Dios que adoran, el rostro velado con las alas, los ángeles del cielo.

Al salir, el alegre romper de las filas, la parla bulliciosa en el refertorio, los abrazos y parabienes, la perspec-

tiva de dos días seguidos de vacación. A la vuelta, el mes de Mayo, el de María, el que más nos entusiasma; el mes que nos sirve para ratificar los buenos propósitos del retiro; el mes en que crece el amor que profesamos á la Bordadita.

Decididamente, el Colegio del Rosario dista mucho de parecerse al purgatorio, y de cuándo en cuándo tiene como un aroma lejano del paraíso.

J. B. R.

Abril 28 de 1907.

## EN UN CERTAMEN DE ARITMETICA

Es infinito el campo de la ciencia,  
Y breve el plazo de la humana vida.  
La luz de la verdad en lontananza  
A nuestros ojos deslumbrados brilla,  
Y tras ella corremos afanosos;  
Mas, semejante al iris que en la cima  
Se ve del alto monte, al acercarnos,  
Burlando nuestro anhelo se retira.  
Por eso el que consume su existencia  
Del estudio entregado á las vigalias,  
Al fin de su carrera desengaños  
Cosecha sólo en premio á sus fatigas.

Si yo fuera filósofo ó poeta  
Con lamentable tono así diría;  
Mas como soy un niño algo travieso,  
Y siento el pecho rebozar de dicha,  
Dejando circunloquios y figuras,  
Voy á decir lo que mi humor me dicta:  
Entre todos los ramos de la ciencia  
Prefiero los que tienen en la vida  
Mayor aplicación. ¿De qué me sirve  
Saber que en Nueva Holanda ó en la China